

LA BÚSQUEDA DE LA IDENTIDAD DE LA ARQUITECTURA LATINOAMERICANA

La polémica de los seminarios y congresos latinoamericanos de la década de los ochenta

Rafael López Rangel*

Si alguna preocupación domina actualmente en el vasto ámbito de la cultura arquitectónica latinoamericana, es la búsqueda de identidad. Pareciera ser, a primera vista, que tal preocupación forma parte del síndrome del fin del siglo y, por si fuera poco, del milenio: ¿Por qué no hemos sido capaces, en el umbral de este parteaguas cronológico, de construir y consolidar una arquitectura propia, que nos distinga del conjunto de la producción de otros ámbitos culturales? Esta pregunta, que ahora se formulan cotidianamente un alto número de arquitectos latinoamericanos, se relaciona inmediatamente con la posibilidad de esta búsqueda dentro de la situación de crisis por la que atraviesan nuestros países y que como se sabe, se expresa dramáticamente en las ciudades y su parque construido. Y, por si fuera poco, se nos presenta el debatido tema de la *modernidad*, que se vuelve conflictivo cuando reconocemos que las formas en que ésta ha sido concebida han tenido, en buena medida, un alto costo social y ecológico.

En suma, la problemática que se ha venido definiendo desde hace algunas décadas y que culmina en la de los ochenta, para empezar a extenderse a la actual, parece gi-

rar en torno a la tríada *identidad-modernidad-crisis*. Empero, el problema no es nuevo. Sin temor a exagerar podemos afirmar que sus manifestaciones se remontan al momento mismo de la implantación de la cultura funcionalista en los diversos países de América Latina. Es decir, entre las décadas de los treinta y de los cincuenta. Y aunque no es pertinente ahora seguir con detalle ese proceso desde su origen, sólo vamos a recordar algunos momentos de los primeros años del funcionalismo mexicano en que los propios impulsores de este movimiento, como es sabido, los más radicales, pugnar por una arquitectura en la cual la intencionalidad estética se subordinara al análisis y a cubrir las necesidades.

Esta intención se toma como un verdadero paradigma, y a partir de él se producen edificios —por lo general de servicio público— en los que la “expresión funcional” es llevada hasta sus términos más escuetos. No faltó quien dijera que esas obras estaban en *los huesos*. Un poco después de 1933, año clave para la adopción del racionalismo en México, se empezaron a incorporar colores y vegetación mexicanos (Juan O’Gorman, Enrique Yañez, y otros). Incluso uno de los más radicales, Juan Legarreta, se había propuesto ya construir, en su totalidad, una casa funcionalista-mexicana.¹

Es sabido también, que ya entrados los años cuarenta, la inclusión de obra pictórica —concretamente muralismo— en

* Profesor de la División de Ciencias y Artes para el Diseño, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

los edificios, se lleva a cabo ante la necesidad de proporcionar una "carga simbólica" nacionalista, de fuerte connotación histórica, y la imposibilidad del funcionalismo de ofrecerla.²

Conviene recordar también el surgimiento de la conciencia de la dependencia económica, política y cultural de los países latinoamericanos con respecto a los centros norteamericanos y europeos. Esa conciencia, que se perfila con toda claridad en la década de los setenta, produce, como es sabido, una vasta literatura en el campo urbano-arquitectónico, que se amplía a la dimensión territorial y, en consecuencia, a la planificación urbano-regional. La importancia que adquiere esa problemática se puede medir por la atención que se le brinda a nivel latinoamericano, materializada, por ejemplo, en la formación y ulterior desarrollo de la Sociedad Interamericana de Planificación, que editó una gran cantidad de trabajos al respecto, en los que se destaca la dimensión económica de las ciudades y la organización territorial bajo la situación de dependencia.³

A otro nivel de la cultura arquitectónica cuenta, de manera significativa, la labor de la Unesco cuando reunió a destacados teóricos latinoamericanos en el campo del arte. En lo que respecta a la arquitectura, publicó en 1975, bajo la coordinación de Roberto Segre, el célebre libro *América Latina en su Arquitectura*. En esa compilación, representativa del pensamiento arquitectónico latinoamericano, la arquitectura es vista como un proceso cultural y global, determinado socialmente, en el cual se reconoce —al menos en los textos más avanzados— la necesidad de la autonomía de nuestra cultura arquitectónica.⁴

La conciencia de la dependencia, la ampliación del ámbito de la arquitectura, el reconocimiento de las implicaciones sociales y políticas de la arquitectura, la liga de ésta con la ciudad y, de manera especial, la consideración de la arquitectura como un proceso cultural, son conquistas del conocimiento y la práctica arquitectónica de los años setenta, y representa ya un conjunto problemático no sólo distinto, sino incluso contrario, al universo del movimiento funcionalista. Dejamos intencionalmente para el final una característica que marcó un hito en nuestra cultura arquitectónica latinoamericana: la convicción del papel clave de la historia para enfrentar el conocimiento y la práctica de la arquitectura, sumida ya en una crisis de gran investidura.

Los estudiosos de la historia de la arquitectura y las ciudades, en esas nuevas condiciones, empiezan a dejar de ser entes extraños y entumecidos, subestimados "ratones de biblioteca", para ir perfilándose como elementos protagónicos de la cultura arquitectónica. Y así, al ingresar a la década de los ochenta, América Latina tenía en su haber un conjunto considerable de estudios e investigaciones históricas que han aportado ya sólidos elementos para el conocimiento de nuestra cultura, básicos para enfrentar el complejo problema de la superación de la contradicción entre continuidad y ruptura. Esta contradicción, como todos sabemos, se ha vuelto central en la búsqueda reciente de una modernidad con identidad.⁵

Las reuniones de los ochenta

La preocupación de los ochenta involucra a importantes y significativos grupos de arquitectos latinoamericanos. Una característica fundamental de esa polémica es que a lo largo de la década fue en ascenso, a tal grado que hoy se puede hablar de todo un movimiento en torno a la búsqueda de identidad. Ese movimiento ha generado, incluso, su propio ámbito de expresión, los *Seminarios de Arquitectura Latinoamericana* (SAL), que se impartieron sucesivamente a lo largo de esta década, e ingresaron en la última del siglo. Un hecho que hay que destacar, es que la problemática está tan extendida que se ha vuelto una constante de casi todas las reuniones latinoamericanas.

Seminarios de Arquitectura Latinoamericana

Ocupémonos ahora de los SAL. Como es del conocimiento público, se han realizado hasta ahora cuatro reuniones de los SAL: las dos primeras en Buenos Aires, en 1984 y 1985; la tercera en Manizales, Colombia, en 1987 y la cuarta en La Trinidad, Tlaxcala, República Mexicana, en 1989. En esta última se acordó llevar a cabo en Porto Alegre, Brasil, la quinta reunión, en 1991, pero luego se acordó realizarla en Santiago de Chile. Formalmente fue en el SAL II (1985) donde se hizo el primer pronunciamiento de estas reuniones en torno a la búsqueda de la identidad de la arquitectura latinoamericana, e incluso se constituyó un grupo base para darle continuidad. En el SAL I, no se produjo tal planteamiento ya que la reunión, según nos informó Ramón Gutiérrez, no estuvo en manos de arquitectos interesados en ese problema.⁶

Por nuestra parte, hemos puesto atención en una reunión realizada en 1980, en Cali, Colombia, denominada *Coloquio: Arquitectura en Latinoamérica*. A juzgar por los participantes y sus intervenciones, ahí se abrió la problemática acerca de la identidad de nuestra arquitectura, con una visión muy orientada hacia lo social. Veamos esto de manera sucinta.

El coloquio de Cali

En la reunión de Cali⁷ se intentó caracterizar el proceso contemporáneo de la arquitectura latinoamericana, en donde ya era evidente la crisis originada por la dependencia y el subdesarrollo. A esta reunión asistieron representantes de Perú, Cuba, México, Uruguay y, naturalmente, Colombia. Bajo el tema *Arquitectura Latinoamericana*, en general se cuestionó a la modernidad implantada según modelos europeos, y en la mayoría de las ponencias se subrayaba la relación entre la arquitectura, el urbanismo y los procesos económicos-políticos. En el Coloquio de Cali se expresó el pensamiento crítico de la década de los setenta en la arquitectura latinoamericana. En este sentido, se destacó la intervención del Arq. Fernando Salinas, de Cuba, quien presentó un panorama de la obra constructiva de la Revolución Cubana, y mostró fehacientemente la liga de la arquitectura y

el urbanismo con las necesidades sociales, así como las posibilidades de nuestra profesión de jugar un importante papel en la construcción de una nueva sociedad. Por su parte, Mariano Arana, de Uruguay, quien participaría en 1989 en el encuentro de Tlaxcala, resumió así la preocupación que se tenía en ese momento, y que por cierto persiste:

La presente exposición —se refiere a su ponencia— no aspira a ganar adhesiones sino a promover el pensamiento, la controversia y el diálogo que coadyuven a superar la condición subordinada del arquitecto latinoamericano respecto a los grandes centros que monopolizan hoy el debate teórico a nivel mundial.¹

Las coincidencias con respecto a la subordinación mencionada por Arana, fueron tales, que adquirieron carácter de consenso. Por citar aquí sólo algunos ejemplos, resaltaremos en primer lugar la tajante aseveración de los arquitectos Alberto Saldarriaga y Lorenzo Fonseca, con base en la experiencia de sus países:

El modernismo como un cambio de enfoque intelectual y práctico de la sociedad, del trabajo, de la expresión artística y de la arquitectura, *no se gestó en Colombia. Fue traído*, al igual que muchos otros hechos socio-culturales precedentes...

La pérdida de identidad producida por el impacto de la modernidad fue señalada por el arquitecto peruano Juvenal Baracco Barrios quien liga ese problema a los procesos políticos de sus países:

En la consolidación moderna, el aparato del Estado oficializa un reglamento de urbanización basado en las teorías urbanas vigentes del movimiento moderno, *con efectos espaciales catastróficos para la identidad urbana* (defecto común en las grandes urbes latinoamericanas) donde se realiza la mayor parte de lo que podríamos llamar la "arquitectura oficialmente moderna" o sea la de la clase dominante peruana en los últimos años.¹⁰

Se inicia así una puesta en acuerdo con respecto a algunas cuestiones fundamentales de nuestra arquitectura contemporánea. Desde una perspectiva histórica se puede afirmar que la problemática de Cali desemboca, para su desarrollo, en el Seminario de Buenos Aires de 1985, ya con la presencia de más países.

El SAL II

Como ya lo mencionamos, en esta reunión se explicita la intención de formar una conciencia arquitectónica latinoamericana con base en el conjunto de preocupaciones manifestadas anteriormente. Según los autores del balance de esta reunión, los temas fundamentales fueron cuatro. Por su indudable interés para comprender e historizar el pensamiento arquitectónico latinoamericano, los transcribiremos:

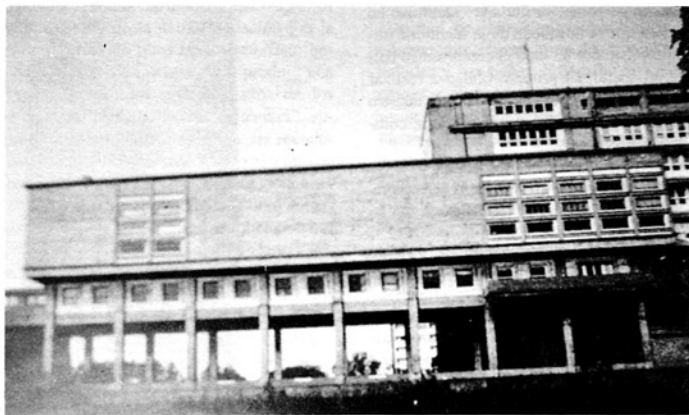
1. El análisis y la reelaboración, a nivel regional, de arquitecturas vernáculas y populares, con el objetivo de generar obras alternativas a los modelos prestigiados, provenientes tanto del exterior como de las grandes metrópolis de las cuales dependen esas regiones, y que en su materialidad plasman la cultura, la adecuación al clima y la técnica constructiva del lugar donde se insertan, sin por ello renunciar a su condición de modernidad.
2. El estudio formal, constructivo y crítico de actuales arquitecturas personales paradigmáticas de nuestros países, no ya como modelos por reproducir sino como experiencias válidas de adaptación a los principios de contemporaneidad y adecuación al medio cultural, en una suerte de retroalimentación propia de nuestro continente.
3. La afirmación, investigación y difusión de la historia de la arquitectura latinoamericana como base de sustentación del pensamiento y de la crítica de las actuales producciones arquitectónicas.
4. La formulación de ideas y propuestas para el desarrollo de un pensamiento arquitectónico latinoamericano fundamentado en la investigación y el análisis crítico de nuestra arquitectura y de la teoría y producción internacionales, sus influencias en nuestros países y las posibilidades de adaptación a sus medios culturales, históricamente permeables a todo el acontecer mundial pero muy pocas veces críticas de sus consecuencias.

Como colofón a estos planteamientos, se mencionan a los críticos que más contribuyeron a su formulación: Ramón Gutiérrez y Marina Waisman, de Argentina; Ruth Verde de Zein, de Brasil; Silvia Arango, de Colombia y Wiliam Nino, de Venezuela.¹²

El encuentro de Manizales (1987)

En esta reunión, se intentó continuar con las líneas planteadas en el SAL II. La tarea era precisar las propuestas, ampliar y enriquecer las consideraciones. Y, como veremos luego, en el encuentro de Tlaxcala se refuerzan aun más estos propósitos. Una observación que tenemos al respecto de estas últimas reuniones, es que se produjo la tendencia a hacer prevalecer más las cuestiones formales sobre las sociales, al menos en las líneas dominantes acerca de la búsqueda de la identidad. En otras palabras, hubo cierto soslayo del discurso sociológico y político en esa línea. Sin embargo y como una especie de contrapartida, se presentó con fuerza la discusión de una problemática en rigor insoslayable: *la masividad del deterioro urbano*.

En Manizales participaron arquitectos de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, México y Perú. Bajo el tema general "Corrientes actuales y rumbos posibles de una Arquitectura Latinoamericana", se presentaron cerca



Facultad de Ingeniería, Montevideo
Julio Vilamál, 1938

de 30 ponencias repartidas en tres grupos de trabajo. Veamos los temas:

Grupo A: Historia e historiografía de la arquitectura en Latinoamérica. Patrimonio arquitectónico. Centros históricos. Teoría y crítica arquitectónica. Dificultades del conocimiento y divulgación de la arquitectura. Nuevos instrumentos conceptuales.

Grupo B: Tendencias actuales de la arquitectura en Latinoamérica. Corrientes en cada país. ¿Hay una arquitectura auténtica latinoamericana? Las expresiones regionales. Internacionalismo y latinoamericanidad. El posmodernismo. Nuevas técnicas y materiales.

Grupo C: La vivienda de periferia, marginal o suburbana, problemas arquitectónicos y urbanos. La autoconstrucción. Los espacios públicos, su uso y diseño. El aseguramiento de la continuidad de la problemática del SAL II, está dado por el simple hecho de que esta temática emanó de la reunión de Buenos Aires.

A nuestro juicio, las discusiones de Manizales giraron en torno a dos polos: *a)* Los procesos de la periferia urbana, los barrios y la autoconstrucción, y *b)* la búsqueda de la identidad de nuestra arquitectura latinoamericana, relacionada con la cuestión de la modernidad. Y en rigor, estos problemas son fundamentales para caracterizar el proceso urbano-arquitectónico contemporáneo de América Latina. En función de ellos se planteó el uso de la historia y el no menos importante de la enseñanza de la arquitectura.

En lo que respecta al primer punto se plantearon las siguientes cuestiones fundamentales: la ciudad latinoamericana —sobre todo las metrópolis— tiene características que las diferencian de las ciudades de los países desarrollados, europeos y norteamericanos. Por ejemplo, la periferización turgizada, masiva y de acelerado crecimiento, ocupa un lu-

gar primordial en las ciudades latinoamericanas, hecho que no se da en aquellas. Esto fue destacado, entre otros ponentes, por los arquitectos Humberto Eliash (Chile),¹³ Jorge Moscato (Argentina),¹⁴ Juvenal Baracco (Perú)¹⁵ y Eduardo San Martín (Chile).¹⁶ Ciertamente, esta línea retoma en alguna medida la preocupación sociológica de los setenta y del coloquio de Cali y la ubica de manera específica en las ciudades. Es importante destacar que se llegó a reconocer la *dimensión política de la planificación urbana*.

Dejaremos para más adelante una ampliación de estos temas, para centrarnos ahora en los que se refieren a la búsqueda de la identidad de la arquitectura latinoamericana. En lo que respecta a este tema, ligado con la cuestión de la modernidad, se presentaron cuando menos tres posiciones significativas.

1. Aquella que se propone la búsqueda de la identidad a través de la investigación de los valores locales, regionales y nacionales y su posibilidad de concretarse en una expresión moderna, *sin influencias externas, sobre todo de los países centrales o desarrollados*. Se trataría, según este punto de vista, de buscar una arquitectura latinoamericana, *propia*, distintiva y, por lo tanto, perfecta y radicalmente identificable. Ahora bien, es significativa la coincidencia de los arquitectos que tienen esta posición con la de otras corrientes, al señalar la obra de Luis Barragán, Eladio Dieste, Rogelio Salmons y otros, como fuertemente representativa de la proclamada arquitectura propia de América Latina. Esta posición ha venido ganando adeptos. Sin embargo, sus promotores más activos, han sido, entre otros, el arquitecto e investigador argentino Ramón Gutiérrez, y el arquitecto Enrique Browne, de Chile. Veamos rápidamente sus planteamientos más significativos.

Ramón Gutiérrez, en su ponencia titulada "Identidad en la arquitectura", piensa que la búsqueda de la identidad implica un doble compromiso: por un lado el compromiso cultural, y por el otro, el social. El primero obliga a realizar una arquitectura acorde con nuestro tiempo y con nuestro espacio (es decir, a nuestro ámbito geográfico). Este compromiso, afirma, posee dos facetas:

Por una parte, el respeto y puesta en valor de la herencia recibida que constituye la memoria histórica de su cultura arquitectónica y urbana, y por otra, la responsabilidad de aportar a la formación de las culturas desde su situación contemporánea.¹⁷

En cuanto al compromiso social, Ramón Gutiérrez señala que a diferencia de lo que demandan los centros históricos europeos, en las ciudades de América Latina resaltan las carencias de grandes sectores y son objeto de fuertes presiones, especulación y otros procesos negativos. Por lo tanto, la búsqueda formal debe ligarse con obras dirigidas a enfrentar esas carencias. Incluso la atención al monumento aislado se ubicaría en ese contexto:

Por ello, toda política que trascienda la recuperación del monumento aislado y se proyecte en el conjunto urbano o barrio debe articularse con una acción que potencie las calidades de ese patrimonio como respuesta social y, peculiarmente, con una política de vivienda de interés social.

Estas ideas recogen buena parte del pensamiento avanzado latinoamericano. Podría decirse entonces que existe, casi a fines de los ochenta, consenso en torno a lo expresado por Gutiérrez, en los ya numerosos sectores de arquitectos que se preocupan por la dimensión cultural de la arquitectura latinoamericana. La polémica empieza cuando se fija la posición y ubicación de esa cultura arquitectónica de América Latina en relación con la producción mundial, no sólo del discurso teórico, sino de las mismas obras.

En este aspecto, hay en Ramón Gutiérrez un rechazo –a nuestro juicio desmedido– hacia lo que se plantea y produce en los países centrales:

Pero es también, o así por lo menos lo creemos, nuestra responsabilidad la de luchar por encontrar otros caminos que el de convertirnos en eco veloz de lo que se genera en las usinas centrales de la costa oeste de los Estados Unidos o en el eje Milán-Venecia.¹⁹

La vía, entonces, para el investigador argentino, es la "modernidad propia", ya que ésta es capaz de asumir "la propia realidad como un dato esencial... Nuestro autor condena, con esa línea de argumentación, a los que por seguir la moda se adhieren a los paradigmas del funcionalismo, como a los que ahora se suman a las filas del "posmodernismo":

Las falacias de las vanguardias de nuestro *jet set* arquitectónico, suscriptores permanentes de las modernidades abstractas,



Edifício Belo Horizonte, Brasil
Oscar Niemeyer, 1950

encubren en el fondo no sólo la pereza intelectual de mimetizarse con el último gesto (o morisqueta) antes moderno y hoy posmoderno...²⁰

Veamos ahora lo que dijo Enrique Browne en su ponencia. Más adelante haremos nuestros comentarios.

El arquitecto chileno –autor entre otras obras–, del libro *Otra arquitectura en América Latina*,²¹ hizo un intento de caracterizar el proceso contemporáneo de la arquitectura latinoamericana, para subrayar la presencia de una línea que ha enfrentado a las que toman modelos de la arquitectura de los países industrializados.²² Según Browne esta línea fue apareciendo en América Latina entre 1945 y 1970, y –nos dice– ha estado cobrando fuerza, hasta ahora, aunque generando fuertes tensiones. Esta "otra arquitectura", se ubica entre dos polos: por un lado, el estilo internacional y la "arquitectura del desarrollo", y por el otro, el "localista neovermácular".²³

Lo que nos interesa en este momento es ver cómo caracteriza Browne a esa "otra arquitectura":

...no pretendía –se refiere a esa –otra arquitectura– en el momento de su surgimiento– ir adelante del progreso económico y tecnológico. Utilizaba tecnologías intermedias. Era contextual respecto al entorno urbano y natural, así como respetuosa de las costumbres de usos locales. Su expresividad radicaba en el uso del color, de las texturas y de la luz. Alejada de la euforia desarrollista, esta arquitectura partió en condición marginal respecto al poder político y económico. Como línea permaneció sumergida durante el *segundo periodo*.²⁴ Sus realizaciones fueron modestas y su difusión escasa. Ilustrativas al respecto son las obras de Luis Barragán.

Browne se refiere a los cambios sociales habidos en América Latina en la década de los ochenta y plantea que

han sido propicios para repensar la modernidad. Aquellos cambios llevaron al reclamo de la democratización y a la conquista de ésta en varios de nuestros países. Este hecho —apunta— aunado a la crisis internacional, produjo una “convulsión generalizada” en los primeros años de los ochenta. La nueva sensibilidad, la “otra arquitectura”, sumergida en la euforia desarrollista, empieza a ser reconocida y a generar interés, nos dice Browne. Como ejemplo de este interés nos recuerda el premio Pritzker otorgado a Luis Barragán, en 1980, así como la exposición de la obra del arquitecto jalisciense en Nueva York. También menciona el reconocimiento internacional a la nueva arquitectura colombiana, que se exhibe en el Centro Pompidou en 1981. Casi al término de su ponencia, nuestro autor habla del ambiente internacional de fines de los setenta hasta fines de los ochenta y naturalmente se refiere a la presencia del “posmodernismo”. Para él, el “impacto posmodernista” en América Latina es casi marginal. Su visión —no exenta de maniqueísmo— es representativa de quienes rechazan en bloque las propuestas posmodernas.²⁶

Para nuestro autor, en fin, el “posmodernismo” no es apto para América Latina. Veamos su argumentación, en la que existe también un rechazo a los planteamientos sociológicos en el análisis arquitectónico, cosa que es opuesta, en este sentido, al espíritu del coloquio de Cali:

A fines de los sesenta, la arquitectura internacional tendía a diluirse en las ciencias sociales el trabajo interdisciplinario y otros intentos. Se produjo entonces una reacción pendular. Empezó a reclamarse la autonomía disciplinaria, la recuperación de la historia, el rescate de las tipologías tradicionales, junto con otras cuestiones dejadas de lado por el modernismo. Este giro “posmodernista” de la arquitectura internacional tiene un impacto marginal en América Latina, excepción de una influencia concentrada en Argentina y Chile a partir de 1976-77.²⁷

La ponencia de Browne terminó con una convicción: se tiende ahora a superar la dicotomía del movimiento moderno, entre el “espíritu de la época” y el “espíritu del lugar”. En suma, para él, “se está consolidando la otra arquitectura latinoamericana”.

Sin duda, y a juzgar por lo acontecido en el IV Encuentro, esta línea ha ganado presencia y adhesiones entre importantes sectores de los arquitectos latinoamericanos. En general —y en espera de abundar en esto más adelante— diremos que esa actitud nos parece positiva, pero no habrá que hacer de lado esas corrientes, que ya hemos mencionado en parte al principio de este ensayo, que dentro de los principios funcionalistas pugnaron por una arquitectura nacional acorde con las necesidades populares (*infra*).

Pasemos ahora a examinar sintéticamente otras líneas significativas de la reunión de Manizales. Evidentemente, una, muy importante, es aquella que busca un camino propio para nuestra arquitectura, pero no rechaza posiciones no latinoamericanas. Con ello, demuestra a nuestro juicio, al carácter universal de la contestación a las líneas dominantes

y la posibilidad de construir líneas y concepciones de gran amplitud, de dimensiones mundiales, en nuestro ámbito urbano-arquitectónico, tomando como base las aportaciones habidas y por haber. Naturalmente, dentro de esas aportaciones se encuentran, de manera harto significativa, las latinoamericanas. En Manizales se destacó la influencia de dos líneas. Una de ellas, que en América Latina ya ha hecho tradición, es la de la llamada escuela de Venecia, encabezada por Aldo Rossi; la otra es relativamente reciente del denominado regionalismo crítico, cercana a la escuela de Frankfort y a las posiciones de Jürgen Habermas. En el campo arquitectónico esta línea es protagonizada por A. Tzonis, y sobre todo por Kenneth Frampton, siendo éste el de mayor influencia en América Latina. Destacó en Manizales, de esta posición, Antonio Toca, de México, quien reconoció en su ponencia similitudes entre la problemática de América Latina y de otras regiones subdesarrolladas:

Pero el caso de Latinoamérica no es único, ya que se puede constatar que —con las diferencias culturales obvias— regiones de África, Medio Oriente y Asia, se encuentran en condiciones similares, en las que sus culturas están siendo paulatinamente destruidas.²⁸

Esta visión permite a Toca, aunque con reservas, aceptar posiciones como la del regionalismo crítico.

En este sentido el uso del término *regionalismo crítico* puede ser útil porque apunta a una dirección y una manera de hacer arquitectura en la cual se enfatiza la importancia de la relación entre lugar, cultura y arquitectura. Esta tendencia o actitud intenta superar tanto las limitaciones de los movimientos culturales populistas que han sido privilegiados por varias dictaduras, como los remedos escenográficos del neo-colonial o cualquier otra forma de regionalismo historicista.²⁹

Y más adelante, para reforzar su adhesión, en primera instancia, al regionalismo crítico, afirmó, de manera contundente:

La importancia del regionalismo crítico en Latinoamérica es fundamental para lograr una arquitectura moderna que incorpore el sentido del lugar y que permita una continuidad entre pasado y presente sin que se desconozcan algunas de las ventajas que ofrece la tecnología.

Subrayamos ahora que Toca, congruente con este último planteamiento, se muestra tajantemente opuesto al “posmodernismo”, al hacer también tabla rasa de las diversas posiciones que pueden englobarse en el término, no le concede posibilidades de desarrollo, prácticamente en ninguna parte:

Aunque a primera vista parezca exagerado afirmarlo fuera de argumentos en pro o en contra, el posmodernismo parte de la negación del futuro como posibilidad real y por lo tanto está liquidado —como programa cultural— desde el principio, ya que no puede avanzar sino en círculo vicioso.³⁰

En suma, la fórmula que se desprende de los planteamientos de A. Toca, es: *Ni estilo internacional ni posmodernismo. La vía para América Latina es el regionalismo crítico.*

Mencionemos ahora, de una manera muy sucinta, algunas posiciones que están dentro de esa búsqueda de identidad sin rechazo de conceptos no latinoamericanos. Se trata de una perspectiva ideológica distinta a la de Toca, aunque dentro de la misma intención, lo cual revela que en esa búsqueda se encuentran —no podría ser de otra manera— diversos enfoques acerca de la cultura y la sociedad misma. Y así, el arquitecto chileno Cristian Boza, en una explícita búsqueda de identidad barrial, utiliza categorías ya tradicionales, de origen europeo pero que ya tienen carta de naturaleza entre nosotros. Una de ellas es la de *tipología urbana* y arquitectónica, y ciertamente, la de *barrio*.

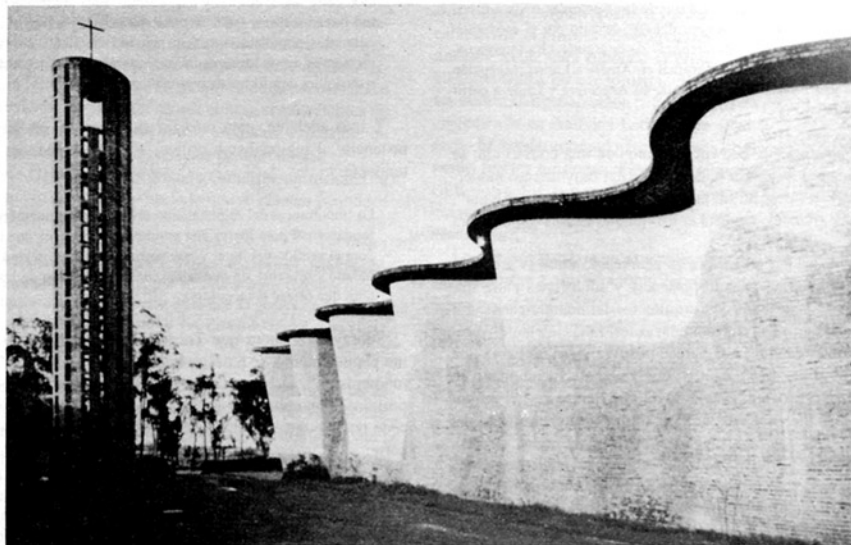
Otra categoría “no latinoamericana”, también aplicada frecuentemente en nuestros análisis urbanos, es la de *hito*. Conviene señalar que Boza plantea la sugerente idea de que el barrio es el punto de partida para “reurbanizar” la ciudad latinoamericana.³¹

Otro ejemplo de la línea general que estamos describiendo, lo representa el también arquitecto chileno Cristian Fernández Cox, quien opinó que en la búsqueda de identidad —en la cual implica la *modernidad apropiada*— no se debe descartar lo producido fuera de América Latina. Veamos lo que dice, con un lenguaje no exento de complejidad:

La cuestión de la identidad no depende de cerrarse a las influencias externas; ya que no radica en los objetos del campo de observación, sino en el sujeto que observa. La identidad no es el “digestor crítico” subjetivo, de lo apropiable. Y mientras más amplio el campo de lo observado, más amplias las fuentes de aprendizaje y mayores las posibilidades de una apropiación correcta de la realidad.³²

Pasemos ahora a otra línea, que si bien no tuvo muchos adeptos en Manizales —ni dos años después en Tlaxcala— para nosotros es sugerente e interesante, pues abre un camino que tiene posibilidades de desarrollo, ya que parte de una observación no maniquea de la realidad de nuestra arquitectura actual latinoamericana. Nos estamos refiriendo, sobre todo, a la ponencia de la arquitecta colombiana Silvia Arango, en su texto de Manizales, se muestra contraria a la obsesión por la “polaridad identidad-internacionalidad”. Sustenta la opinión de que se está realizando una auténtica arquitectura latinoamericana con influencias mixtas, desarrollada sin esa obsesión. En una parte medular de su argumentación, nuestra autora lleva a cabo una revaloración del movimiento moderno, con un llamado a no caer en su rechazo total. Y llega a afirmar —temerariamente, dirían no pocos buscadores de identidad— que el movimiento moderno ha dado identidad a nuestras ciudades:

Esto produce la paradoja de que lo más peculiar de la América Latina urbana, sea su radical absorción de un movimiento moderno ya convertido en estilo internacional y que la anar-



Iglesia de Atlántica, Uruguay
Eladio Dieste, 1952